

El bachillerato, fase de crecimiento

Estudiantes sí, pero también jóvenes: Weiss Horz

HILDA VILLEGAS GONZÁLEZ

Recibido: 10-09-13, aprobado 11-10-13

Eduardo Weiss Horz, pedagogo y sociólogo integrante del Departamento de Investigación Educativa del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, ha dedicado parte de sus investigaciones al currículo y la didáctica, la educación secundaria, el bachillerato y la educación tecnológica. Actualmente desarrolla la línea de investigación Los Jóvenes y la Escuela, en la que, dice, “busca construir un puente entre las investigaciones educativas sobre los estudiantes y las investigaciones culturales sobre los jóvenes. Su núcleo temático son los estudiantes vistos como jóvenes”.

Espacio de vida juvenil

Como coordinador de varios grupos de trabajo y director de tesis de maestría y doctorado, el especialista ha descubierto que la idea actual de la educación media superior, en voz de los mismos jóvenes, se concentra en la posibilidad de continuar los estudios universitarios. Y, si bien en el bachillerato los adolescentes-jóvenes se sienten y son sujetos autónomos que crean y tienen decisiones, aún no son adultos puesto que todavía están en una fase de ensayar, probar y cometer errores, pero sobre todo de crecer.

Weiss Horz observa: “Ya desde 1860 la preparatoria preparaba para la universidad; por consiguiente, que el sentido principal sea hoy la obtención del certificado, es normal en parte. Ser bachiller en 1900 era casi un título de nobleza; pero actualmente, para ganar más, tienes que ser licenciado e incluso eso no basta, los mismos jóvenes del CCH, cuando se les pregunta sobre sus proyectos de vida, hablan de la maestría que van a estudiar. Podríamos decir, pues, que la licenciatura es, en parte, también un paso hacia la maestría.”

Explicó que el primer sentido del bachillerato es el certificado; el segundo, la formación que se adquiere; pero, paralelo a ella, y con igual fuerza o más, es que los jóvenes vayan a la escuela para encontrarse con sus amigos o con la novia, porque en casa se aburren. El bachillerato es un espacio de vida juvenil; hoy en día, los chicos ya no están en las calles, están la mayor parte del tiempo dentro de la escuela.

El investigador explica que Job Ávalos realizó un estudio (*La vida juvenil en el bachillerato. Una mirada etnográfica*) en el CCH Plantel Sur. Para ello acompañó a estudiantes durante un semestre en clases del Taller de Lectura, Redacción e Iniciación a la Investigación Documental y de Biología, convivió con ellos y participó en sus conver-



Hecha en cu, autora: Isabel Nájera Pacheco.

saciones. Y agrega: “Nosotros pensábamos que la vida juvenil ocurría antes y afuera de las clases, en sus recesos; pero no, ésta ocurre todo el tiempo: durante la clase, en el trabajo de grupo; de hecho, es en este espacio donde muchas veces discuten y hablan de sus propios intereses, de sus perspectivas y de lo que les ocurre. Así, cuanto más trabajo grupal hagan los chicos, más vida juvenil presentamos. Desde nuestro punto de vista, esto no es sólo diversión, sino que es parte de la formación del estudiante. Si hablamos del desarrollo de una persona, éste no sólo se circunscribe a lo académico, también se da a nivel emotivo y social. El joven desarrolla perspectivas de vida en las conversaciones con sus compañeros y compañeras.

En el estudio, el también integrante del Consejo Mexicano de Investigación Educativa de la Academia Mexicana de la Ciencia observó que una gran parte de los temas en las conversaciones de los jóvenes giran alrededor del noviazgo, la sexualidad, las fiestas y de cómo comportarse; ellos establecen los criterios de lo que está bien o de lo que está mal. La información que reciben de la institución sí entra en sus conversaciones, pero esto se transforma o se discute en las pláticas de los grupos de pares.

La vida juvenil requiere un espacio. Al respecto, el investigador destaca que las instalaciones del CCH permiten la convivencia juvenil bajo una especie de supervisión vigilante flotante no represiva. En ese sentido, frente a lo que hay afuera, la institución ofrece un sitio seguro muy importante que debe defenderse.

En cuanto a la familia, dice, “los adolescentes no quieren que nadie cuestione sus amistades o qué hacen con su tiempo. Pero cuando deben tomar resoluciones importantes, como entrar al bachillerato o a la universidad, casi siempre es una decisión familiar.

“A sacar la pata”

Al referirse al tema de la deserción, Weiss indicó que el problema tiene muchas aristas, y especificó: “una de ellas es que muchos estudiantes están muy mal preparados –pero esto no es políticamente correcto decirlo–, esto se traslada, entonces, de un nivel a otro, y las exigencias van en aumento; su mala preparación es, para mí, una de las causas principales de la deserción.

Consideró, por otro lado, lo siguiente: “Hemos visto, gracias a la tesis de Elsa Guerrero (*Más allá de la formación propedéutica y terminal: el bachi-*

INVESTIGACIÓN, UN ESTILO DE VIDA

llerato visto por los jóvenes), que existe un grupo de pares que acompaña a los estudiantes; puede ser que se hayan encontrado por afinidad o que se conozcan desde la escuela secundaria. Éstos los orientan sobre cómo moverse en la institución y qué cosas hacer. También está el grupo de pares en el sentido negativo, aquellos que los llevan a no asistir a clases, lo que causa también reprobación y más tarde deserción.”

Por otra parte están los problemas económicos, que ciertamente tienen importancia. Ciertas desgracias familiares obligan a reconsiderar cómo distribuir los recursos monetarios, como cuando el papá se va de la casa y deja a la mujer con los hijos, o cuando se enferma un familiar (padre o madre). Estas cuestiones los llevan a abandonar los estudios.

El joven desarrolla perspectivas de vida en las conversaciones con sus compañeros y compañeras.

De lo anterior, el investigador concluye que no puede decirse que la deserción se deba a un motivo específico, sino que se encadenan varias causas: estaba mal preparado, no tiene un grupo fuerte que lo mantenga dentro de la escuela, ocurre una desgracia familiar y entonces no aprueba sus materias y posteriormente deja la escuela.

“Hemos visto también –dice– a aquellos jóvenes que metieron la pata, es decir, que no estudiaron, tal vez porque piensan que lo serio de la vida viene después, que el bachillerato es como una moratoria y que sólo hasta la licenciatura se

asumen responsabilidades; antes, no. Entonces, no lo toman muy en serio y eso los lleva a que no puedan con los estudios.

A este respecto, el también integrante de los consejos editoriales de la *Revista Mexicana de Investigación Educativa* y de *Propuesta Educativa* de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales destaca la importancia de que el profesor comprenda al joven y le dé aliento para sacar la pata. El especialista también se pronunció por una política de reingreso, sin muchas trabas, para aquellos jóvenes que desean regresar a estudiar.

Aún mucho por investigar

Asimismo, señaló: “en este país hay muy pocos estudios del nivel medio superior, pues la investigación se ha centrado curiosamente en el nivel superior, la mayor parte en los académicos, y eso es como verse el ombligo”.

La entrevista finaliza, pero para Eduardo Weiss Horz la idea de obtener mayores respuestas a diferentes problemas aún no ha terminado. “Ahora nos interesaría una investigación sobre los estudiantes que salen y quieren entrar otra vez a la escuela, estudiar no sólo las causas de su deserción, sino también sus posibilidades de reingreso. Sería muy importante investigar, asimismo, el tema de las diferencias entre los bachilleratos, pues es muy distinto un bachillerato de la UNAM, del Politécnico, del Colegio de Bachilleres, de un CETIS o del Conalep, no sólo desde el punto de vista curricular, sino del de los aspectos institucionales, la población que atienden y los mecanismos que aplican. Todo esto nos ayudaría a tener un panorama más amplio.”